

Reflexividad y clases interactivas

Reflexivity and Interactive Classes

MARÍA JIMÉNEZ-BUEDO

Universidad Nacional de Educación a Distancia (España)

mjbuedo@fsof.uned.es

Los ejercicios intelectuales de ánimo comprensivo y equilibrado, como el abordado por D. Emilio Lamo de Espinosa en su discurso de recepción a la Academia, en los que la ambición y el alcance se corresponden con una ejecución erudita, plantean inevitablemente a quien los comenta una infinidad de hilos argumentales de los que seguir tirando, o de cuestiones abiertas sobre las que seguir inquiriendo. En lo que a continuación sigue, me centraré en dos aspectos de su discurso cuya relación entre sí es solo débil y que ocupan, tanto en las líneas que ahora comentamos, como en la obra de Lamo de Espinosa, un lugar desigual.

El primero de estos aspectos se refiere al carácter reflexivo de las sociedades del conocimiento. La cuestión de la interrelación reflexiva entre el sujeto y el objeto social es un tema crucial en la obra de Emilio Lamo de Espinosa y central es también en su reflexión sobre la sociedad del conocimiento y la relación entre saber, conocimiento e información. En las próximas líneas me ocuparé de algunas aportaciones recientes a este tema desde programas de investigación que se sitúan en la intersección entre la filosofía y la sociología de la ciencia, y que, como Lamo de Espinosa, han acudido a la filosofía del lenguaje en busca de herramientas conceptuales. El tratamiento del segundo de los temas de que me ocuparé se limitará a unos meros apuntes a propósito de la importancia de los enfoques de elección racional en la ciencia social actual.

‘PERFORMATIVITY’ EN ECONOMÍA: ¿HACEN LOS ECONOMISTAS LOS MERCADOS?

No es casualidad que, en medio de una crisis económica sobre la que existe una gran incertidumbre, tanto en cuanto a sus causas, como en cuanto a su alcance, sea más frecuente que nunca que observemos con una mirada sociológica la profesión de economista y su rol social. Ejemplo de esto es la interesante reflexión con la que Lamo de Espinosa ilustra su discusión acerca del concepto de «sociedad reflexiva», y a través del cual se pregunta, y nos

pregunta, si podemos limitarnos a pensar que los economistas del Banco de España, cuando emiten un informe sobre la economía, están reflejando el estado de esta, sin pensar que están también dándole forma al mismo objeto de su análisis.

En los últimos años, y en este sentido, tal y como Lamo anuncia en su *Sociedad Reflexiva* (1990), la cuestión acerca de la reflexividad del objeto social ha devenido una parte central de la reflexión teórica y filosófica acerca de las ciencias sociales y uno de los campos en los que la filosofía de las ciencias sociales y los estudios sociales de la ciencia han encontrado un nicho de colaboración floreciente.

El programa de investigación alrededor de la capacidad performativa de la economía ha venido, recientemente, a naturalizar el fenómeno de la reflexividad en el dominio de lo económico, y parte, precisamente, de una premisa simple pero de gran alcance: la economía no solo intenta conocer el mundo, sino que también lo produce, en un ir y venir sincrónico entre la representación y la acción. Esta interrelación entre actuar y representar se traduce en la inseparabilidad del rol del economista en tanto que analista de su rol como consejero político, o de forma más general, del entrelazamiento entre la economía concebida como ciencia o como instrumento de intervención en las políticas públicas.

Al igual que hiciera Lamo de Espinosa, los autores asociados a este programa de investigación han buscado las fuentes a partir de las que construir su concepto de reflexividad, en la tradición pragmatista de la filosofía del lenguaje de mediados del siglo XX y así, la performatividad es un concepto que recogen de J. L. Austin, y que define a aquellas locuciones que establecen su referente en el mismo acto locutivo. De esta forma, el «sí, quiero» en el contexto de una ceremonia nupcial, o el «prometo» en un contexto jurídico, entrelazan la voluntad de la acción y de representación del agente que los pronuncia. En cuanto a sus orígenes sociológicos, Bourdieu y Merton, de nuevo al igual que en el desarrollo de la noción de reflexividad de Lamo, constituyen importantes fuentes conceptuales para Michel Callon y Donald Mackenzie, ambos embarcados en el proyecto «performativista».

En su aplicación a la economía, este programa nos invita a concebir la disciplina como un conjunto de instrumentos y de prácticas que contribuyen a la construcción de instituciones, agentes y entornos. La economía no se limita a estudiar los mercados, sino que les da forma. En uno de sus trabajos mejor conocidos, MacKenzie analiza la hipótesis de los mercados financieros eficientes de Eugene Fama, según la cual los precios reflejan toda la información disponible. Esta hipótesis a su vez inspiró el lanzamiento de los fondos de inversión indexados. MacKenzie analiza cómo los agentes financieros se sirven a su vez de la teoría de Fama para interpretar y explotar las discrepancias entre la realidad y el resultado predicho por la hipótesis, en términos de activos que ofrecen rendimientos anómalos: el resultado de este comportamiento es el de eliminar estas anomalías, de forma que el conocimiento por parte de los agentes económicos de la hipótesis la hacen cierta en el medio plazo. En este sentido y como dicen MacKenzie, Muniesa y Siu (2007) en su volumen recopilatorio, la hipótesis de la eficiencia de los mercados no ha sido «aplicada» sin más, sino que la falibilidad de la hipótesis ha dado lugar a prácticas que sirven para restablecer su validez empírica.

Los principales autores asociados al concepto de performatividad han tenido el cuidado de distinguir entre los varios tipos de capacidades performativas de la economía: esta puede interactuar con su objeto mediante la observación, la medición, la predicción, la explicación,

o de forma más directa, al diseñar instrumentos o técnicas que la regulan, o al estudiar y configurar algunos de sus mecanismos en el laboratorio. En cuanto a este último aspecto, Francesco Guala, por ejemplo, ha estudiado la función de construcción institucional de la economía experimental repasando los tipos de interacción entre teoría y sujeto experimental que se dan en esta subdisciplina, y repasando también el caso de estudio de las ya bien conocidas subastas del espectro radioeléctrico que tuvieron lugar a finales del siglo XX y principios del XXI en varios países y que configuraron las instituciones que regulan en la actualidad la industria de la telefonía móvil. Sin embargo, Guala trata de distinguir este tipo de influencia directa del entorno experimental sobre el sujeto de un fenómeno de performatividad *bona fide*, ya que en estos casos es el entorno institucional el que constriñe la acción del sujeto, de forma que la influencia de la economía es en este caso mediada. Muniesa y Callon, a partir del marco teórico del Actor-Red, han estudiado el mismo fenómeno y se han centrado, siguiendo la estela de Latour, en cómo algunos experimentos económicos de gran escala (de nuevo, como el relativo a las subastas del espectro electromagnético), transforman el mundo real, de fuera del laboratorio para hacer que se asemeje al laboratorio.

Dentro de los enfoques basados en la noción de performatividad existen por tanto voces diferenciadas, y posiciones encontradas y cabe, en todo caso, y como los mismos propulsores del programa admiten, hacerse una serie de preguntas acerca de los límites de este enfoque, pues por un lado, los mercados han funcionado históricamente antes de que hayamos generado teorías sobre ellos y, por otro lado, las intervenciones de los economistas sobre la economía son a veces directas, sin necesidad de pensar en el carácter preformativo de la disciplina a la que pertenecen.

CLASES INTERACTIVAS Y 'LOOPING EFFECTS'

Estas advertencias acerca de los peligros potenciales de ver performatividad allí donde no la hay son también comunes a la obra de Lamo de Espinosa, que se ha ocupado de limitar y acotar teóricamente la noción de reflexividad, evitando así su estiramiento conceptual, y de distinguir entre las posibles vías de influencia de las predicciones sobre el sujeto social, distinguiendo así entre distintas formas del fenómeno.

En cuanto al alcance de la reflexividad en el caso de las categorías científicas, preocupación que comparte Lamo de Espinosa en su discurso, Ian Hacking (1999) ha formulado una interesante distinción, que es conocida y utilizada de forma creciente en la filosofía de las ciencias sociales y más recientemente entre algunos teóricos sociales, y que surge, precisamente, de la preocupación de delimitar y describir los contornos de la noción de construcción social, término este con frecuencia abusado por los científicos sociales y el público en general (se trataría por tanto ya de una noción «etnocientífica»). Hacking nos propone, a fin de mejor entender la idea de construcción social, pensar en el carácter interactivo de los objetos de que se ocupa la ciencia social: se trata de objetos o clases interactivas, frente a las clases indiferentes, más comunes en las ciencias naturales y físicas.

Hacking intenta mediante esta clasificación superar la oposición (equivocada según él, y persistente en los debates constructivistas), entre lo construido y lo real. Las clases interactivas,

como el autismo, la anorexia, la inflación o los desempleados, existen con independencia de las categorías que empleemos para clasificarlas, y en este sentido, son reales. Sin embargo, la manera en que se experimenta la condición por ellas descrita depende de las categorías que empleamos para describirlas. De esta forma, el desempleo existía antes de que el término fuera común en los trabajos sociológicos o en el discurso popular, pero la condición de desempleado y cómo la experimentan tanto los parados como las personas que interactúan con ellas depende de la definición misma de desempleo. Las clases interactivas lo son, no obstante, no solo en virtud de esta interacción, que en realidad es común a otros objetos propios de la ciencia natural (inevitable pensar en el eterno ejemplo de las bacterias), pero en las clases interactivas la acción recíproca se produce a través de la agencia, la conciencia o la intencionalidad ligada a un comportamiento dotado de significado social.

Porque las clases interactúan con los objetos a los que describen, estos pueden hacer que lo que se dice de ellos cambie precisamente por haberse dicho: bien porque lo hagan falso, si son reactivos, bien porque lo hagan verdadero, como describen las nociones mertonianas de profecías que se autonegan o que se autocumplen. Es este efecto de retroalimentación (*looping effect*), una de las claves para entender en qué es distinto el objeto de las ciencias sociales. Hacking encuentra así una manera más de pensar en las diferencias entre las ciencias naturales y las sociales, y explicar por qué las segundas tienen una tarea más difícil: su objeto está en continua transformación. Se trata, por tanto, para el científico social, al describir un objeto, de acertar en una «diana en movimiento».

LA ELECCIÓN RACIONAL Y EL JUEGO DE LAS EXPECTATIVAS

Como comentábamos hace unas líneas, Lamo de Espinosa se caracteriza por su cuidado en el uso de los conceptos y en este caso, y a la luz de algunos desarrollos recientes en la sociología de la ciencia, por saber anticipar la importancia creciente de algunos programas de investigación. Concluimos ya este breve comentario con un apunte, más breve aún, y algo más crítico, que hace referencia a una fugaz mención en su discurso a los modelos de elección racional. Sugiere Lamo de Espinosa, en esta lógica de la reflexividad, que el éxito de los modelos de *rational choice* no se debe tanto a su superioridad científica, y sí, precisamente, al hecho de que los humanos hayamos sido sometidos a un entrenamiento prolongado que desarrolla hábitos de pensamiento y de conducta que siguen lógicas racionales. Ejemplos de estas serían la previsión de resultados de acciones alternativas, la evaluación de costes y beneficios de líneas de acción y la maximización de ganancias y minimización de esfuerzos. Nada tendríamos que oponer a la segunda parte de esta afirmación si no fuese precedida de la primera: parece extraño oponer la calidad científica de un modelo al homomorfismo de este modelo con su objeto, sea su causa reflexiva o no.

El hecho es, que en efecto, y desde mediados de los noventa, la elección racional es ya fundamental en las ciencias sociales, y constituye claramente, no solo el enfoque teórico más pujante, sino también, y muy probablemente, el mayoritario entre las nuevas generaciones de científicos sociales. Esta importancia, no obstante, no debe ser entendida como fruto de una invasión por parte de la economía o de los enfoques economicistas al resto de las ciencias

sociales, puesto que se trata más bien de una síntesis: tanto ha transformado la elección racional a las ciencias sociales como los científicos sociales han transformado a la elección racional, y así, las críticas y refinamientos por parte de metodólogos provenientes de la filosofía o la teoría social han conseguido que los modelos de agentes racionales incorporen matices y refinamientos al análisis que hacen posibles explicaciones de lo social mucho más ricas de lo que los primeros teóricos de la elección racional, y sobre todo sus críticos, imaginaron. De esta forma, se entiende ahora que los modelos de elección racional no se limitan a dar cuenta de la racionalidad instrumental y por tanto no renuncian a representar fenómenos que pertenecen, en las categorías de Hargreaves Heap (1989), a las racionalidades expresiva y procedimental. En torno a esta última, y en referencia al intento de comprensión de las normas sociales, y de la normatividad, no son pocos los intentos siguiendo la estela de los estudios de Lewis sobre la convención, exploran la cuestión desde una perspectiva filosófica y de elección racional. Cabría quizá destacar el trabajo de Cristina Bicchieri (2006), que ha intentado entender las normas sociales como un tipo de normatividad que se encuentra a medio camino entre las reglas formales, y la mera costumbre: se trata de aquellas normas informales que emergen a través de la interacción descentralizada en un colectivo y que no son impuestas por ninguna autoridad exógena. Lo central en el análisis de Bicchieri es el juego de expectativas mutuas, que como Lamo ha subrayado en su análisis de la heterorreflexividad (1993), recoge la esencia de la interacción social weberiana y cuyo núcleo la teoría de los juegos ha sabido representar.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BICCHIERI, C. (2006), *The Grammar of Society*, Cambridge, Cambridge University Press.
- HACKING, I. (1999), *The Social Construction of What?*, Cambridge y Londres, Harvard University Press.
- HARGREAVES HEAP, S. (1989), *Rationality in Economics*, Oxford, Basil Blackwell.
- LAMO DE ESPINOSA, E. (1993), «La Interacción Reflexiva», en *Problemas de Teoría Social Contemporánea*, Madrid, CIS.
- (1990), *La sociedad reflexiva*, Madrid, CIS.
- MACKENZIE, D., MUNIESA, F. y SIU, L. (2007), *Do Economists make Markets? On the Performativity of Economics*, Princeton, Princeton University Press.